

1956). Post 68, le ha tocado vivir un tiempo de monolitos derruidos, monopolios transformados en libre mercado y filosofías omnívoras en disolución. Quizá esto explique parcialmente su apego narrativo a lo concreto y cotidiano, a lo inmediato y tangible, al chiste, a la chispa, al fragmento, a la confesión aforística.

Digamos sí al humor, sí al ingenio, sí a la habilidad de urdir historias y nostalgias. No todo tiene que ser un sesudo tomo alfonsino. Pero, ¿limitarse a eso?, ¿hacer de la literatura un coto cerrado de trivia pirotécnica -aunque sea muy buena trivia y aunque sea buena pirotecnia-? ¿Por qué además no explorar otras posibilidades que robustezcan el discurso literario? No tienen que interesarle a Aguilar los relojes de arena, los mapas, las etimologías y la tipografía del siglo XVIII para que sus historias desplieguen nuevas virtudes y desechen vanos prejuicios.

Altamirano íntimo y sentimental

por Christopher Domínguez

- I.M. Altamirano, *Diarios*, prólogo y notas de Catalina Sierra, Obras completas XX, CONACULTA, México, 1992, 490 pp.
- I.M. Altamirano, *Epistolario (1850-1889)*, edición de Jesús Sotelo, Obras Completas XXI, CONACULTA, México, 1992, 451 pp.
- I.M. Altamirano, *Epistolario (1889-1893)*, edición de Gloria Sánchez Azcona, Obras Completas XXII, CONACULTA, México, 1992, 407 pp.
- I.M. Altamirano, Iconografía, prólogo de José Luis Martínez y edición de Catalina Sierra y Cristina Barros, FCE, México, 1993, 157 pp.

La publicación de los papeles privados de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) culmina las *Obras completas* que vienen apareciendo desde 1986 bajo la

dirección de Nicole Giron. Como ya lo señaló José Emilio Pacheco, la lectura de los *Diarios* y el *Epistolario* de Altamirano nos ofrece una visión nueva, más íntima y minuciosa, de la vida del célebre patricio reformista. Una vocación tan variada y meritoria como la del maestro Altamirano sabe resistir hasta la mas perniciosas de las veneraciones cívicas. Y los libros que hoy reseñamos también son útiles para limitar las ambiciones de quienes, motivados por esa orfandad de tradición que suele aquejarnos, exageran la gravedad de nuestros viejos románticos.

El primer tomo del *Epistolario* comienza con una carta del joven Altamirano al general Juan Álvarez, fechada en 1850, donde solicita la ayuda de su protector para enfrentar una injusticia en el Instituto Literario de Toluca. Las cartas reaparecen hacia 1855, cuando Altamirano estudia leyes en el Colegio de Letrados y se apresta a combatir en las guerras de Reforma.

Los fragmentos más interesantes de esta etapa son los correspondientes a la Intervención, que Altamirano combatió bajo los ordenes del general Diego Álvarez, pese a haberse opuesto a Juárez como diputado. Leemos entonces a un simpático cronista militar, dueño de una prosa certera y precisa, y de unas inalterables convicciones liberales. La aventura patriótica de Altamirano concluirá con esa memorable entrevista entre el literato tixtleco y el emperador Maximiliano, preso en Querétaro, el 16 de mayo de 1867. En los *Diarios*, Altamirano se limita a registrar una conversación sobre trastornos gástricos con el desgraciado príncipe austriaco. Y fue precisamente la disentería la que evitó que Altamirano participara en el juicio sumario contra Maximiliano. El vencedor republicano se quedó en casa tomando esa agua de Seltz recomendada por el archiduque y agradeció la suerte de no tenerle que pagar la receta con el fusilamiento.

En campana contra los invasores, Altamirano muestra en los *Diarios* esa comovedora curiosidad intelectual que caracterizó a su generación. Enfrascado en la guerra de guerrillas, el futuro autor de la *La navidad en las montañas* (1871), no olvida sus apuntes sobre historia mexicana ni sus aficiones botánicas y zoológicas. Sin embargo, las páginas más interesantes y personales de los *Diarios* son las escritas durante los primeros

años de la República Restaurada, no sólo por ser un sabroso resumen de la vida política y literaria, sino por la aparición del atormentado y previsible yo romántico de Altamirano.

En 1869, el año de la publicación de *El Renacimiento*, la más famosa de las revistas de Altamirano, el escritor cita a Lawrence Sterne, lamenta su pobreza material, habla de sus francachelas, comete alguna indiscreción erótica, y destaca su abulia existencial y su flojera para escribir. A los treinta y cinco años, fatigado por la gloria militar y las responsabilidades públicas, Altamirano coquetea con un *spleen* que a su generación no le fue permitido. De hecho, hacia 1870 los *Diarios* pierden su naturaleza íntima y confesional para convertirse en la bitácora rutinaria del diplomático, el hombre de bien y el amoroso padre de familia.

Cuando el grupo de los Científicos comenzó a apoderarse de la vida pública, republicanos viejos como Altamirano admitieron que, gozando de un enorme prestigio, más bien estorbaban a la administración de Porfirio Díaz. En 1889 Altamirano acepta el consulado de México en Barcelona, puesto que permuta poco después con Manuel Payno, para establecerse en París.

Altamirano no volvió a México. Seguir su vida europea en los *Diarios*, y sobre todo a través de su nutrida correspondencia con su hijo político, Joaquín D. Casaus (*Epistolario*, II), permite conocer un mundo tierno y obsolecente. El ministro Altamirano vaga inocentemente por París durante las mañanas y por la tarde "firma" en el consulado. Renueva una y otra vez su fidelidad al general Díaz, compra y lee cantidades suntuosas de libros, obras históricas particularmente (aunque no ignora a Jean Richepin o a Paul Verlaine), y se divierte cotizando armas para su gobierno, criticando el mal gusto y las rapacerías de su amigo Manuel Payno, o la cursilería de los aristócratas mexicanos vecinados en París.

Altamirano recorre Suiza e Italia cumpliendo comisiones científicas en su calidad de patriarca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, se sorprende de la ignorancia del español entre los propios americanistas, resuelve querellas masónicas, y brinda aquí y allá con su impecable francés del que se sentía tan orgulloso. Los *Diarios* y el *Epistolario* dibujan con discreción y recato la calma chicha en que vivían los diplomáticos

latinoamericanos en Europa durante la Bella Época. Muy poco después llegaron al viejo continente espíritus más arriescados y tormentosos como Rubén Darío y Ernesto Gómez Carrillo.

Altamirano es un escritor que convierte en provincia todo lo que toca. Antes que de un juicio peyorativo, se trata de ilustrar esa familiaridad hogareña con la que el antiguo guerrillero se movía por el mundo. No se consideraba un sabio y escuchaba con el mismo interés a los carlistas españoles que a los anarquistas franceses. Hipocondriaco, se complacía discutiendo con los médicos su historia clínica y la de su mujer. Recorría con igual naturalidad las galerías del Museo Vaticano, mostrando una erudición pictórica nada desdeñable, que los salones del príncipe Rolland Bonaparte, un geólogo tan curioso como él. Altamirano murió en San Remo el 13 de febrero de 1893, víctima de la tuberculosis, la única enfermedad que nunca imaginó tener.

La muerte de Altamirano, narrada por Joaquín D. Casasus, proyecta sobre su vida el hálito de una misión que se cumple cabalmente. El orgulloso indio guerreense sólo llegó a lamentar que su edad le impidiera probar con éxito la lira francesa. Altamirano, más allá del heroísmo decimonónico, deja una lección menos aparatosa que la que podría esperarse del improbable fundador de una literatura nacional. Fue un hombre **bravo** y amable que entendió con claridad la naturaleza de sus limitaciones históricas y culturales.

La edición de los **Diaris y del Epistolario**, realizada por Catalina Sierra, Jesús Sotelo Inclán y Gloria Sánchez Azcona es decorosa, aunque las cartas resienten el trasiego de las cuatro manos, que por razones imponderables, intervinieron en su confección. El aparato crítico es a ratos insuficiente y en ocasiones repetitivo. La aparición de la **Iconografía** preparada por Catalina Sierra y Cristina Barros es una oportuna ilustración de las **Obras Completas**, y cuenta con un prólogo de José Luis Martínez, quien ratifica su persistente devoción por el autor de **Clemencia**.

Joaquín D. Casasus dijo que Altamirano, al no tener creencias religiosas, prefirió las supersticiones morales. Y son precisamente esas supersticiones, algunas tan amables, las que vuelven muy grata la lectura de los papeles íntimos de Altamirano, el héroe cultural por excelencia del siglo XIX mexicano. □

Minotauro

de Luis Ignacio Helguera

por David Medina Portillo

- Margen de Poesía 19, revista *Casa* 2011 • *Tiempo*, UAM, México, 1993.

Luis Ignacio Helguera se dio a conocer con un breve libro titulado **Traspatios** (1989), reunión de prosas, poemas y aforismos que mereció la atención de algunos y la apresurada suspicacia de quienes en él no encontraron literatura. Hoy el autor insiste **y** con **Minotauro** entrega un volumen que continúa su plan inicial: escribir bajo las premisas de una mirada atenta a los seres y objetos cotidianos de una realidad también común. Dicha continuidad se extiende incluso hasta el grado de conservar idénticos títulos en las secciones que conforman a ambos libros (aunque **Minotauro** añade una más: “Tiro al blanco”); secciones que por otra parte registran una variación en el volumen reciente: el aforismo ha cedido su lugar a una actualización de las greguerías ramonianas.

Ahora bien, es cierto que la escritura de Luis Ignacio Helguera incomoda, pero incomoda porque contradice nuestras convicciones literarias más prejuiciosas. Es decir, acostumbrados a una retórica poética enfática (valgan las rimas), deudora de una tradición contemporánea programada para privilegiar la novedad aun en sus excesos, carecemos del oído necesario para escuchar un fenómeno poético que está lo más alejado posible de la mediocridad reinante en la que se han venido a empantanar las distintas expresiones de escrituras autorreflexivas. Asimismo, Luis Ignacio Helguera tiene la encomiable precaución **de** ahorrarnos cualquier desbordamiento verbal en aras de una intensidad que por lo común se identifica con el patetismo o la llana preciosidad literaria. Todo lo contrario, para él en la articu-

lación del poema el objetivo primordial es otro:

Unas pocas palabras
Sólo las esenciales
Livianas y recias
como avispones
que de un tiro
atravesan las gélidas distancias
y allá caigan como un aguacero
que no dé tiempo de decir va a llover.

Se trata, más acá de cualquier pretensión literaria, de que la escritura sancione la inmediatez de las cosas: “que no dé tiempo de decir va a llover”. Indudablemente esta es la razón por la cual gran parte de **Minotauro** presenta las apariencias de un lenguaje literario neutralizado, remitido casi a la enunciación natural. En algo similar pensaba Parra cuando afirmaba: “la poesía reside en las cosas”. Formulación que atenta, es el caso también de **Minotauro**, contra la opinión unánime **de** concebir lo literario únicamente como “cosa” de lenguaje, certeza mallarmeana que sobre todo hoy parece estar en duda.

De esta manera, las prosas, poemas y greguerías de Luis Ignacio Helguera no sólo evitan **todo** transgresión de significado o sintáctica en el orden del lenguaje sino que, incluso, los contenidos a los que alude están privados de prestigio según el haber de la historia literaria: “Sólo en las tortillerías se imprimen libros deshojados”. Característica que para los mistificadores de la poesía corroborará el carácter no literario de **Minotauro**.

Creo que vale la pena remarcar que la intención de Luis Ignacio Helguera no es un proyecto fácil, el desplazamiento de lo poético hacia una esfera puramente verbal dejó fuera (poesía “crítica” de por medio) a una realidad que todavía pide ser nombrada. De modo que llamar a las cosas por su nombre, Integrarlas para que el mundo (éste) tenga un sitio en el poema, parece una empresa de antemano condenada al fracaso: **Minotauro** quiere revertir esta posibilidad.